

ROBERTA MARRERO

César
Moro

Espejo,
exilio y deseo
queer

ROBERTA MARRERO

César
Moro

Espejo,
exilio y deseo
queer

-Libros de artistas-

TEA
tenerife espacio de las artes



Texto íntegro de la charla impartida por Roberta Marrero en el salón de actos del TEA Tenerife Espacio de las Artes el día 9 de abril de 2022, dentro del programa de encuentros y diálogos *De/tra(n)s: fronteras, cuerpos trans y (contra)archivo de los sures globales. Herramientas queer/cuir ante las experiencias del sexilio*, coordinado por el filólogo e investigador José Antonio Ramos Arteaga y la investigadora Estefanía Bruna.

Este programa gira en torno a las teorías y activismos *queer/cuir*, partiendo de un proceso en el que la reflexión y la acción no son compartimentos estancos que se puedan discriminar claramente, sino un mecanismo de continua retroalimentación que genera propuestas que se escapan de las dinámicas meramente academicistas o de relatos solipsistas: la polifonía de metodologías, accesos, relatos y prácticas permite acceder a unas realidades y conceptos que son más un haz de relaciones que un discurso lineal coherente y cohesionado.

Este año, el ciclo se ha centrado en el archivo, en las narrativas del transtestimonio y la posibilidad de un (contra)archivo capaz de contener las narrativas múltiples. La charla de Roberta Marrero ha sido la formalización pública de la residencia que llevó a cabo en el TEA, con el objetivo de realizar una relectura de los fondos documentales del museo y trabajar en la selección y la catalogación del archivo de estas experiencias, en un afán de neutralidad del archivo.

Hace millones de años los dinosaurios se alimentaban con las hojas de estos árboles, los dinosaurios eran vegetarianos y por eso se extinguieron, eran demasiado amables para su tamaño y entonces las criaturas carnívoras, los devoradores de carne, los asesinos heredaron la tierra... pero siempre ha sido así, ¿verdad?

VIOLET VENABLE

De repente, el último verano

Lo que uno sabe emocionalmente y lo que desea sexualmente puede ser salvajemente contradictorio

NAN GOLDIN

El TEA me ha pedido que lleve a cabo una revisión, una relectura del archivo de César Moro existente en el museo, que mezcle mi propio «archivo», es decir, mi memoria, esa que uso constantemente en mi trabajo, para vincularme a la figura del poeta y pintor.

César Moro fue un creador de origen peruano exiliado a Francia y México. El César Moro oficial, el que aparece en la wikipedia, en la historia de la poesía peruana y en el biempensante mundo de la literatura y el arte, es el poeta y pintor surrealista de muerte temprana y obra casi desconocida mientras vivió. Pero como dije sobre Alejandra Pizarnik en un texto que escribí sobre ella recientemente, hay tantas Alejandras como personas que le rinden culto. Mi Alejandra es la suicida, la que estaba enamorada platónicamente de Silvina Ocampo, la que tenía problemas alimenticios, la extranjera, la tartamuda, la rara, la que estaba obsesionada con la belleza cruel de la condesa Bathory. Me interesa la Alejandra mitológica que vive en mi cabeza, esa que hace que atesore sus libros como si fueran reliquias. Amo lo religioso que hay de Alejandra en esa visión de la poeta que ella misma creó en sus diarios, sus poemas y su prosa: una mártir del arte que se desangra en cada línea. Como decía el personaje de Blanche Dubois en *Un tranvía llamado deseo*: «No quiero realidad, solo quiero magia». Igualmente, hay tantos César Moro como gente que se acerca a su obra, yo os voy a hablar del mío.

Reconozco que desconocía por completo su figura hasta que el TEA me propuso esta residencia en el museo para investigar sus archivos. Me enviaron un enlace para acceder a lo que tenían de él, y de entrada no entendí muy bien por qué habían elegido a este poeta surrealista para que lo investigara.

El surrealismo siempre me ha parecido un movimiento demasiado macho, demasiado heterosexual como para interesarme. A pesar de Buñuel (que sí me gusta) o Dalí, del que me interesan más sus amoríos con Lorca, su mujer Gala, su excentricidad dandi o que tuviera como musa a Amanda Lear que su vinculación con este movimiento

de vanguardia. Me interesan de igual modo los surrealistas: Maruja Mallo, Claude Cahun o Leonora Carrington, también Frida Kahlo, a la que se asoció a este movimiento del que ella sin embargo renegó diciendo muy acertadamente que lo que ella pintaba no eran sueños, era su vida.

En este mi surrealismo bastardo, femenino y *queer* ingresa ahora César Moro. Como en la entrada al archivo de Moro en la web del TEA se obvia totalmente su homosexualidad, pensé que sería otro artista testosterónico más hasta que mi amigo Daniel María me envió un link de Internet en el que se hablaba del poeta y su poema «Antonio es Dios», una carta de amor y adoración a su amante militar. Entonces entendí por qué me habían encargado hablar de este poeta, empecé a interesarme, a ver puntos en común.

Me interesan los espejos, los artistas que te sirven de reflejo, la gente que habla de ti a través de ellos. Volviendo a Alejandra Pizarnik, por poner un ejemplo sobre este juego de dobles entre el creador y su lector, diré que amo a Alejandra porque me hace sentir que no estoy sola, que hay almas gemelas, que no soy la única que tiene amores platónicos e imposibles, que no soy la única que necesita ser amada a pesar de la prisión del cuerpo y de la belleza, que también hay otras mujeres dandi que se visten en contra de ellas mismas y no para gustar a los demás, que no soy la única que tiene la espada de Damocles del suicidio sobre la cabeza.

César Moro es también un espejo, me hace sentir que el exilio (podríamos llamarlo sexilio en su caso y en el mío) es la única manera de sobrevivir, que las que no tenemos patria somos de todos sitios y de ninguno al mismo tiempo, que morir de deseo es también vivir de deseo, que lo imposible de desear hace, por raro que parezca, que amar sea posible, aunque sea en contra tuya, a tu pesar, como amamos los monstruos, contra viento y marea. Que obsesionarte con un chulo (dejémonos de palabras blandas y pongámonos callejeras, usemos la palabra chulo) que te ignora y te hace la vida imposible puede convertirse en poesía, que alguien tan innecesario como un

amante que no te valora puede generar las más bellas palabras de amor; un amor mortal, lacerante, masoquista, destructivo, pero ¿no es acaso el amor así para las que no pertenecemos a la norma?

Amar como marica en los años 40 tenía que ser como amar para las mujeres trans en el 2022: hombres armarizados, inaccesibles más allá de la intimidad del sexo furtivo y clandestino. César Moro era como una travesti que deseaba que el chulo de turno la amase, pero a la que el chulo de turno nunca iba a aceptar fuera de esa tumba de amor que es la alcoba; Moro era como las mujeres de Tennessee Williams, monstruos de dos cabezas, mujeres al límite enamoradas de chulos que eran como muros, chulos que eran pulsión a la muerte, mujeres (las de Tennessee Williams) que no eran otra cosa que el propio escritor travestido, cambiado de sexo, hablando, a través de bocas pintadas de rojo sangre, de la imposibilidad de amar de las maricas, de las raras, de la mala mujer, de la mujer madura, del que tiene estigma.

Mi poema «Proletariado del amor» me parece que ilustra muy bien esto que intento explicar. Dice así:

Cada una tiene el amor que se puede permitir

Yo no soy una burguesa del amor: marido, champagne y aniversarios
Soy una proletaria del amor: amores platónicos, vino barato y porno

Quisiera tu flecha en mi corazón, quisiera hacer el amor
pero las proscritas solo tenemos la sogá al cuello, nunca nos besan

Volviendo a esa lectura blanca y heteronormativa de César Moro, no me gustaría caer en la crítica a conceptos tan manidos como cultura heteropatriarcal, cultura hegemónica o cultura imperante. Por supuesto que a la gran cultura no le interesan estas visiones más oscuras y menos cómodas de los artistas, no pasa solo con Moro, pasa también con artistas tan conocidos y también tan maricas como Andy Warhol.

Warhol no es ese pintor facilón que realizaba cuadros de colorines. Era un homosexual de padres migrantes en la megahomófoba sociedad norteamericana de los años 50. Era un artista que hacía películas de mamadas cuando era ilegal ser homosexual en los EE. UU., que sacaba mujeres trans y chaperos en sus películas, que pintaba cuadros pornográficos de pollas y culos, que creó una serie de pinturas y fotos polaroids de travestis negras neoyorquinas titulada *Ladies and gentlemen*, o que se vestía de mujer para una serie de fotografías con Christopher Makos.

Todo este Warhol fue totalmente ignorado en la exposición itinerante que sobre el artista se celebró en el CaixaForum de Madrid, como si fuera normal ver a mujeres desnudas en cuadros renacentistas pero no ver chulos desnudos en pinturas pop. Como si la heterosexualidad desmedida de Picasso sí valiese pero el mariconeo de Warhol (o de César Moro) fuera anecdótico, sexualidades de segunda categoría.

El propio Breton hizo comentarios abiertamente homófobos que motivaron el que Moro se distanciara del surrealismo. ¿Tenemos que condenar entonces al surrealismo y a los museos e instituciones tan heteras, tan cis y tan blancas? No, tenemos que entender de dónde venimos para entender dónde estamos. Las sexualidades e identidades de género que se salen de la norma heterosexual y cis han estado perseguidas y criminalizadas hasta hace bien poco, de hecho siguen siendo perseguidas y criminalizadas en bastantes países, y no hay que irse muy lejos. Rusia es un buen ejemplo de ello, o Ucrania, país europeo actualmente en guerra del que poca gente sabe que las mujeres trans no pueden huir del conflicto ya que al ser legalmente hombres

han de quedarse para defender a la patria. No podemos pretender que esta cultura que nos ha castigado tanto, de repente nos celebre y nos valore de modo masivo, mucho menos sin que haya una reparación histórica de por medio. Aun así, me consta que el gran mundo del arte y la cultura está cada vez más interesado por lo marica, por lo trans, por lo negro, por todo eso que ha perseguido de manera tan feroz durante siglos, pero van poco a poco.

Vinculando ahora el sexilio de César Moro con el mío propio, no puedo evitar pensar en esa Lima terrible de la que hablaba el poeta sin mencionar esa Canarias terrible de la que me tuve que ir. Nací en 1972 y nací criminal –las personas como yo iban a la cárcel–. Nací al final de una larga dictadura política –Franco murió en el 75, pero su sombra se alargó durante mucho tiempo, aún sigue ahí de hecho–. Un país sometido a varias décadas de dictadura es un país herido, hay que llevar a cabo mucha revisión del pasado reciente, mucho lavado de toda la mierda que trajo el franquismo a este país para hacer de él un lugar mejor. La Canarias en la que crecí era igual de oscura, violenta, cruel y posfranquista que el resto de España, es decir, no creo que las islas fueran especialmente oscuras, me consta que todo el territorio español estaba sumido en una densa niebla fruto de cuarenta años de represión militar, ideológica y religiosa. Era absolutamente asfixiante, como me imagino que sería Perú para César Moro en su juventud. Además, no solo sufrí violencia e incompreensión en el colegio (Moro sufriría también un acoso terrible cuando diera clases en Lima a su vuelta del exilio), tampoco mi familia –aquella familia que se crio al ritmo febril marcado por la ideología fascista– sabía qué hacer con aquella niña maricana que les tocó por hija; me costó también entender que tampoco podrían haber actuado de otra manera conmigo: hicieron lo que creían que era correcto, por muy terrible que eso fuera.

Yo encarnaba lo peor que se podía ser en aquella sociedad masculina y viril (como calificaba el dictador a la sociedad española), era el afeminado, el niño marica, el gran desertor del bien máspreciado: la masculinidad.

He escrito mucho sobre mi niñez. Varias veces he explicado cómo algunas estrellas de la cultura popular y especialmente de la música me salvaron literalmente la vida. He contado cientos de veces cómo ver a Boy George por la tele a los once años me partió la cabeza en dos, fue mi hada madrina, mi aparición mariana particular. Aquella marica inglesa vestida de mujer y con maquillaje rabioso me enseñó que el género no era aquella cosa estanca que veía en mi entorno, que existían otras formas de ser hombre y de ser mujer, o ninguna de las dos cosas. Que había esperanza, que era factible rebelarse, que otra vida era posible, una en color, no como aquella en blanco y negro en la que estaba sumergida.

Había una fascinación en esa época, una fascinación que recordaba un poco (visto en la distancia) a la que sentía la sociedad victoriana por los circos de rarezas y los *freaks*; había, digo, una cierta filia por los seres andróginos y por las travestis. Los rumores sobre si la citada Amanda Lear era un hombre o una mujer estaban a la orden del día, y Bibi Andersen se presentó abiertamente como transexual en un programa escandaloso de Mercedes Milá que recuerdo ver en casa de mi tía María.

Igual que Moro fantaseaba con París, yo lo hacía con Londres, ciudad que vivía en mi imaginación llena de punks y de travestis pop como Marilyn o Pete Burns. Luego, leyendo las memorias de Pete Burns descubrí que su padre le tuvo que comprar un bono de primera clase en el transporte público londinense para evitar así las agresiones; lo mismo le pasó a la recientemente fallecida Jordan, icono del punk inglés de los 70: también viajaba en primera clase (en este caso por cortesía del sistema ferroviario británico), la quitaron de la clase turista para evitar el escándalo que se montaba cada vez que cogía el tren para ir a trabajar. Las raras, descubrí más tarde, estábamos mal vistas y asediadas en todos sitios, incluso en el moderno e idealizado Londres.

Cuando dejé ese infierno que fue la educación primaria descubrí otra isla, otra Gran Canaria, una que me había permanecido oculta. Me

metí en la Escuela de Artes Aplicadas y un grupo de maricas mayores que yo me abrieron los brazos, un grupo también de apestados sociales, también a ellos los agredían cuando salían a la calle, pero aun así tenían la grandeza de no esconderse, de coger una guagua a pesar de los insultos y las malas caras. También es verdad que para algunas (me incluyo) el privilegio de pasar desapercibidas nos es un lujo, ya sea por nuestra pluma, nuestro color de piel o algún tipo de discapacidad.

Estas maricas divinas me enseñaron quién era Divine, la Dietrich, Judy Garland, Jean Genet, me llevaron al puerto, a los locales de transformistas. En el mítico Tam Tam conocí a Melo Robaina, a Dak-tari, a la Sorda, a la Paloma, vi que no era la única rara en la isla, que había luz y que era una luz radiante, de lentejuelas, de lámpara de araña. La luz de las desclasadas, del lujoso lumpen, de las travestis que se prostituían en Guanarteme, esas heroínas a las que les debemos tanto, que haciendo la calle medio desnudas nos mostraron que estábamos a un golpe de hormona de florecer, de ser nosotras, de morir (como César Moro, como la Pizarnik) de deseo.

Quiero volver lo profano sagrado y desacralizar lo sacro. Hay conceptos totémicos, intocables, monolíticos. El concepto «museo» es uno de ellos, los museos para mí no son solo el TEA o el Reina Sofía de Madrid, no solo el Louvre. El Archivo de la Memoria Trans argentino es un museo, Internet es otro, YouTube, Filmin, las revistas, los libros, las historias que se cuentan las vecinas y las comadres, nuestra memoria, la memoria de cada marica, de cada trans mayor, de cada exiliada, de cada monstrea que no quiere pertenecer al mundo de lo humano es también un museo, un archivo, una Biblioteca de Alejandría.

Otro concepto sagrado que quiero bastardizar y pervertir es el de «canariedad». Como exiliada, para mí la canariedad no son las ronaldas, el tenderete, el folclore, la romería: nunca me sentí acogida por ninguna de estas cosas, ninguno de estos espacios eran amables conmigo. Para mí la canariedad es el mariconeo del parque de Santa Catalina, Lolita Pluma acogida por las travestis cuando dejó al mal-

tratador de su marido, las maricas haciendo *cruising* en el puerto, Néstor de la Torre y su rutilante pintura homosexual, los poemaslésbicos de Natalia Sosa, Rosario Miranda, Paco España, Félix de Granada, las salas de transformistas de los 70 como el Britania, las putas trans que hacían la calle justo en la zona donde se ubica el TEA, antes de que la gentrificación las barriera de un plumazo. La canariedad para mí es la discoteca Flash a la que iba de joven, el único espacio seguro al que podían ir las trabajadoras sexuales trans a tomarse una copa después de hacer la calle, donde bailaba la Pelolámpara (una travesti gitana que medía dos metros) con su novio, la Leila, los marineros que iban en busca de una mamada, los chicos trans, las bolleras, las marginadas, las apestadas sociales, las que nadie quería. Las malas canarias, aquellas que se escondían debajo de la alfombra como el polvo que no se quiere ver, ignorando que este polvo es fosforescente, que brilla en la oscuridad.

A pesar de esta otra Canarias, me fui, igual que César Moro se marchó de Perú. Hace algunos días, Pepe, un trabajador del TEA, me preguntaba si creía que de haberme quedado en las islas hubiese hecho todo lo que he hecho, la respuesta es simple: no. Recientemente, en una cuenta de Instagram llamada «Creando en Canarias» publicaron un post sobre mi trabajo, dando a entender que yo soy una artista que trabaja en Canarias. Inmediatamente les escribí para decirles que si querían podían corregirlo y aclarar que nací en Canarias (eso es cierto), pero que trabajo y resido en Madrid. De todas las etiquetas que me cuelgan, la de «artista canaria» es la que probablemente más me chirría. ¿Expongo en galerías canarias?, no. ¿Publico mis libros con editoriales canarias?, no. ¿Tengo obra en museos canarios?, no. ¿Me ha dado el gobierno de las islas alguna vez alguna beca o subvención?, no. ¿Trabajo con el folclore de las islas como hacía Mari Sánchez?, no. Decir que soy una artista canaria me parece injusto, es apropiarse del trabajo y la confianza que editores, comisarios de arte y galeristas que no son canarios han puesto en mí. Sería más justo decir que soy de origen canario. Y esto no es

para nada renegar de mis raíces, es darle al César lo que es del César. ¿Y Moro? ¿Estaría de acuerdo con esta apropiación que ha hecho Perú de su persona? ¿Con la etiqueta de «poeta peruano», cuando escribió su obra en París y México? Una obra escrita mayoritariamente en francés...

Aun así, hay que reconocer que se está produciendo en las islas un tímido florecimiento de lo cuir, dicho así en español. Existe un interés por ver las otras Canarias, las otras voces de las que hemos nacido aquí. Nuestras historias se van metiendo poco a poco en el imaginario de las islas, porque las exiliadas también somos las islas; a pesar de tener una relación problemática con nuestra tierra, de aquí venimos y es indiscutiblemente parte de quienes somos. Yo no puedo hablar de Canarias sin verla en su totalidad: ese lugar en el que crecí como una flor en un desierto, una flor regada por las amorosas manos travestis y maricas de mis hermanas, pero también ese otro lugar que me hirió de muerte, que me causó heridas profundas que me ha costado años de terapia cicatrizar. Quiero ver Canarias en su luz y en sus sombras, y creo que Canarias necesita verse también a sí misma en la complejidad absoluta de su historia, creo que necesita, como el resto de España, un sano ejercicio de autocrítica.

No obstante, me alegro enormemente de este acercamiento que está haciendo la isla de Tenerife a mi obra, he venido varias veces a trabajar y dar charlas. Curiosamente, mi isla (Gran Canaria) nunca me llama, nunca me lleva.

Si me ponen una placa en una calle después de muerta, por favor vandalizadla; si me hacen un homenaje póstumo en el colegio Castilla de mi infancia, mandad una tarta envenenada para los postres; si me erigen una estatua una vez me haya ido de este mundo, tiradla abajo con el martillo de la ira.

Y aquí estoy en el TEA investigando un archivo por primera vez en mi vida, aunque más que investigarlo lo estoy releando, reinterpretando, pervirtiendo, imaginando, ligándolo con mi propio «archivo». Recordé sentada frente a las cajas con documentos y libros de César

Moro la película *Fur, retrato de una obsesión*. Una fantasía filmica sobre la fotógrafa Diane Arbus enamorada de un vecino misterioso que sufre de hirsutismo y que viene de los circos humanos, esos que la Diane Arbus real amaba fotografiar. Me dejé llevar por esa sed de armar un poco una ficción a partir de la realidad que es el archivo. Toqué con mis manos enguantadas de fino látex negro aquellos amuletos y dejé que mi imaginación volase.

Hay un montón de fotos de César Moro en el archivo del TEA, fotos que no están muy documentadas o que por lo menos no tienen la información que a mí me interesa. ¿Quién sacó la instantánea de César enterrado hasta el cuello en la arena, con turbante al puro estilo Jean Cocteau?

¿Y esas fotos desnudo o en bañador bebiendo de una botella en lo que supongo es un homenaje al dios Baco? Se pueden leer como imágenes de tintes surrealistas pero también como fotos homoeróticas masculinas de principios de siglo xx al estilo de Keith Vaughan. La fotografía era para la gente *queer* de esa época una forma de intimidad, de mostrarse ante la cámara en poses que no eran permitidas en el día a día pero sí en ese microuniverso que se crea entre el que fotografía y el fotografiado. ¿Quién sacó esas fotos?, ¿un amigo, un amante?, ¿lo llegaremos a saber, importa acaso?, ¿es la verdad algo realmente tan necesario, no es acaso lo fantasioso y la invención el material con el que hemos trabajado siempre las disidentes?, ¿la única manera de escapar de la claustrofóbica realidad?

Luego están las fotos de Antonio, ese oscuro objeto del deseo de Moro. Antonio debía de ser como Rebeca, el personaje de la película de Alfred Hitchcock. Se habla tanto de él en la obra del poeta y en esas cartas escandalosas que le escribió y a las que volveré enseguida, que casi deseamos que sea como Rebeca: invisible, un fantasma que se nombra pero que nunca se nos aparece, preferimos casi más imaginárnoslo que ponerle cara. Así lo podríamos sublimar como un soldado de Tom de Finlandia, como uno de los bellos machos de las novelas de Jean Genet o como un muchachuelo picarón de

una foto de Bob Mizer. Pero ahí está Antonio en las fotos, humano, demasiado humano, con uniforme militar, vestido de calle, posando (suponemos) para César Moro y su obsesión y su adoración por él. En esta fantasía que estoy creando sobre el archivo me gusta pensar que César guardó estas imágenes como relicarios, como salvavidas, como una tabla a la que agarrarse en medio de esa tormenta que es anhelar al ser amado, desear lo imposible, la dulce y terrible melancolía de recordar lo que una vez fue tuyo.

Aparece otra foto de otro militar de pelo al cepillo, masculinidad apabullante y cuello como una columna clásica llamado León, etiquetado como amigo de París. Solo puedo pensar en que Moro también se desangró por este chulo parisino, que fueron amantes, me encantaría saber más sobre qué historia los unió o los desunió.

Quizá puedo parecer frívola al interesarme por estos asuntos, o incluso que estoy intentando convertir los archivos del TEA en una especie de crónica rosa, no es mi intención. Creo firmemente que no se escribe igual si tienes una sexualidad clandestina, si el deseo (un tema totalmente explícito en la obra de César Moro) te atraviesa como una flecha. Por eso es necesario hablar de ello como motor creativo del poeta.

Hay otra foto de César Moro en México con un amigo de aspecto bastante afeminado, Moro posa en gesto dandi empuñando un bastón junto a su sonriente acompañante. ¿Vivirían la vida gay de la ciudad?, ¿las reuniones de homosexuales en las cantinas populares de la época o los cabarés? ¿Haría *cruising* en las zonas de ligue callejero? ¿Y en París? ¿Frecuentaría la zona de Pigalle y sus shows de travestis y transformistas? Ese César Moro está perdido en la bruma del pasado, hubiera sido interesantísimo que hubiese escrito unos diarios como los que escribió el también poeta Juan Bernier sobre la vida homosexual española durante la guerra civil y el primer Franquismo, diarios que fueron publicados (por razones obvias) después de su muerte.

Volviendo a su amor Antonio, resulta absolutamente necesario leer *La tortuga ecuestre*, poemario que Moro le dedicó. Sabiendo eso, que es una larga carta de amor a este hombre que adoraba, entonces cada verso cobra una dimensión nueva y única:

Ahora sería fácil destrozarnos lentamente

Tu cabeza gira tus piernas me envuelven

Tus axilas brillan en la noche con todos sus pelos

Tus piernas desnudas

En el ángulo preciso

El olor de tus piernas

La lentitud de percepción

El alcohol lentamente me levanta

El alcohol que brota de tus ojos y que más tarde hará crecer tu sombra

Mesándome el cabello lentamente subo

Hasta tus labios de bestia



No puedo evitar relacionar esto con mi primer poemario de reciente publicación: *Todo era por ser fuego*. Poemas de chulos, trans y travestis. En él hay una historia de amor platónico que cruza todo el texto, un puñado de poemas dedicados a S. A diferencia de Moro, yo no tuve el valor de usar el nombre de este hombre que deseo igual que César deseaba a Antonio, al que le escribió el famoso poema «Antonio es Dios». Yo escribí el poema a S. que dice así:

Vas sucio y me gusta, me recuerdas al cuerpo de Cristo
Llevas siempre la misma ropa, el uniforme del amor
Si tuvieras un Onlyfans haría pantallazos y los guardaría como
relicarios

Quiero besarte pero me da miedo el sexo
Tu semen tiene que ser como estrellas de gominolas
Me gustaría que me leyeras a Jean Genet hasta caer dormida

Besaría tus heridas y me dormiría en tu barba, en el pelo de tu pecho
Eres una fantasía, un lirio blanco, probablemente seas un cabrón
Hazme un café solo sin azúcar y déjame a los pies de la cama
No me he duchado

En este ejercicio que estoy haciendo de vincularme a César Moro, a su vida, su archivo y su obra a través de mi vida, mi archivo y mi obra, me ha llamado poderosamente la atención esta idea fundamental: César Moro es yo y yo soy César Moro. Igual que me pasa con todos los artistas que me gustan: me fundo con ellos, sufro con ellos, gozo con sus gozos, me vuelvo basura con sus miserias. Me han impactado tremendamente las cartas que Moro escribió a Antonio; su forma de expresar el deseo es la forma que tengo yo de expresarlo en mi poesía: ser la herida y el cuchillo como decía Baudelaire, el animal y el cazador, la víctima propiciatoria y el verdugo, la bella hablándole a la bestia. No puedo evitar leer algunos fragmentos de estas cartas: «Ya no vivo sino en el deseo», le dice Moro a Antonio.

«Te quiero con tu gran crueldad, porque apareces en medio de mi sueño y me levantas y como un dios, como un auténtico dios, como el único y verdadero, con la injusticia de los dioses, todo negro dios nocturno, todo de obsidiana con tu cabeza de diamante, como un potro salvaje, con tus manos salvajes y tus pies de oro que sostienen tu cuerpo negro, me arrastras y me arrojas al mar de las torturas y las suposiciones».

En la misma carta:

«Tu historia es la historia del hombre. El gran drama en que mi existencia es el zarzal ardiendo, el objeto de tu venganza cósmica, de tu rencor de acero. Todo sexo y todo fuego, así eres. Todo hielo y todo sombra, así eres. Hermoso demonio de la noche, tigre implacable de testículo de estrella, gran tigre negro de semen inagotable de nubes inundando el mundo».

En otra carta le escribe:

«Nada puede hacerme sufrir más que el espectáculo del amor. Yo solo, frente al mundo, fuera del mundo, en el mundo intermedio de la nostalgia fúnebre, de las aguas maternas, del gran claustro, del paraíso perdido, frente a ti y lejos, tan lejos que ya nada puede salvarme, ni la muerte».

Sigue más adelante:

«Sueño que te vas, que me abandonas, como si pudiera abandonarse algo que nunca se ha aceptado. Porque tú nunca me has aceptado, nunca has querido saber nada de mí».

«Persígume, tortúrame, maldíceme, pero no me abandones a mi propia desesperación. Trata de comprender los sentimientos de un ser mortal que te genera, que siente un ansia irracional de confundirse contigo».

«Gran vendaval, dispérsame en la lluvia y en la ausencia celeste, dispérsame en el huracán de celajes que arremolinan tu paso de centella por la avenida de los dioses donde termina la Vía Láctea que nace de tu pene».

En su última carta al militar le dice:

«No puedo resolverme a aceptar el hecho evidente, crudelísimo, de saberte distante, indiferente, ajeno. Lo sé, no puedo aceptarlo. Te adoro. Palabras, palabras... Nada es comparable a la sensación de mi ternura por ti; llámala de cualquier modo: justa, injusta, reproducible, monstruosa; también es un hecho innegable, más fuerte que mi muerte, más fuerte que el infierno de cada día y que la desesperación en que me dejaron. Es así, así será siempre.

Nada tengo que reprocharte o debiera reprocharte hasta el aire que respiro; no es tu culpa ser lo más hermoso y lo más terrible de mi vida. Tu ausencia, tu sadismo, tu indiferencia: qué cosa puedo hallar fuera de tu mundo absorbente sino el silencio y la sombra mortales en que a lo largo de los días te busco».

En estas cartas, leídas en orden cronológico, se ve, de manera evidente, cómo crece la desesperación en el poeta, cómo su objeto de deseo se aleja. De hecho, Antonio se casó con una mujer y tuvo un hijo.

Os voy a leer mis poemas dedicados a ese «mi Antonio» particular que es S. también ordenados cronológicamente, podréis ver cómo, al igual que en Moro, mi desesperación crece y cómo mi objeto de deseo se va cada vez más lejos.

Poema simbolista dedicado a S.

Desenroscaría tu cabeza y la pondría en una bandeja de plata
Como una Salomé con su San Juan Bautista
Adoraría tu cara de apóstol
Peinaría tu barba
Atusaría tu pelo de serpientes
Besaría tus labios y las perlas de tus dientes
Mordería el diamante rojo de tu lengua

Pondría estrellas y rosas en el hueco de tu cuello
Cuerpo de dos piezas
El cerebro por un lado, el corazón por otro
La sangre sabe el camino entre ambos
Cántame una canción de Hedwig and the Angry Inch



S. está de vacaciones

Estás de vacaciones y no me llamas

No me follas

No salimos a comer

No bailas a Dua Lipa en mi apartamento

No me lees a Virginia Woolf hasta que me duerma

No me haces el tonto para que me ría

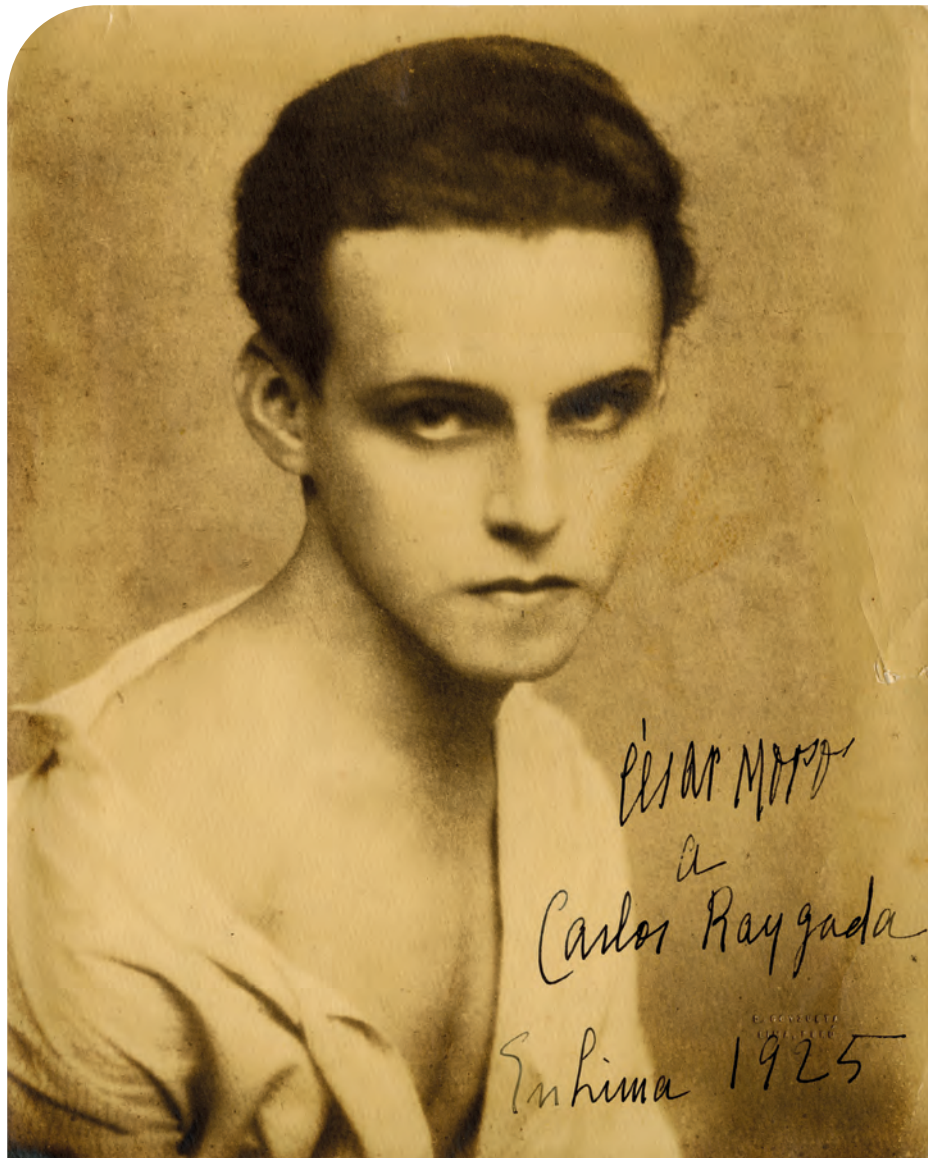
No te veo ir desnudo al baño

No veo tu semen de gominolas de colores

No te baño con mis manos desnudas

Pasas de mí, ni siquiera sabes que me gustas tanto

Los amores platónicos no molan nada







Poema fúnebre para S.

Hoy te vi y pensé que me gustaría ser una tumba

Que me vinieras a visitar

Que me trajeras flores

Que limpiaras mi lápida

Que besaras el mármol frío

Que mi esqueleto sintiera el roce de tu barba

Que pusieras al lado de las flores una foto de cuando era joven y guapa

Que me hicieras pensar que los hombres aman a las mujeres muertas, a los espectros, que aún me recuerdas, que fui querida, que soy añorada

Me gustaría ser una tumba

Pensarte en campo santo

Soñarte en el sueño eterno

Ser el fantasma en tu casa

Verte ir de espaldas con mis ojos sobrenaturales al mundo de los vivos, ese mundo en el que nunca me quisiste



Último poema para S.

Te busco para revivir el trauma del rechazo
Deseo sadomasoquista de querer lo que duele

Volver a la madre deprimida
Al padre ausente
Al patio del colegio

Como el ciervo busca al cazador
La casa al fuego
El cordero al matarife
La flor a las tijeras
El cuello al cuchillo
La iglesia al anarquista
La herida a la sal
La mujer al hombre

Maldito sea el deseo

Mis poemas a S. son mis cartas de César a Antonio; son (como estos ardientes mensajes que hemos leído del poeta al militar) una nota de suicidio. Como dije antes, Moro amaba en los años 40 como amamos las mujeres trans en el 2022, la mayoría de las veces en el silencio, en lo clandestino, a hombres inaccesibles dentro de su afán por encajar en la norma social, a chulos para los que eres una experiencia nueva pero que luego se casan con una novia respetable y tienen hijos.

Digo nota de suicidio porque estoy segura de que Moro sabía que amar a Antonio, como yo desear a S., es morir un poco, enfrentarte a un vacío, a la nada, a algo que solo te devuelve tu propio deseo y nada más, volver a la herida, reafirmar que eres un paria (ya seas un marica o una travesti) y que nunca vas a ser amado.

Me gustaría leerlos un último poema en el que hablo de lo imposible del deseo y de lo hermoso del deseo, que pertenece al final al que desea y no al deseado. Me gusta la poesía porque es como un trueno en un cielo negro, aporta una luz eléctrica a la oscuridad, habla de algo de forma concreta y concisa, es una revelación fugaz y certera. El poema se titula «La barba como un bosque oscuro», y dice así:

Me he hecho un nude esta mañana y se lo he mandado a un hombre de barba frondosa
Siempre un hombre de barba frondosa
La fotocopia de mi primer hombre desnudo, del Cristo sin ropa de mi infancia

Me da miedo el contacto físico pero fantaseo con ser devorada
El deseo es una alegoría
Siempre una alegoría
El cordero en el matadero
El ramo de flores muriendo en un jarrón
Deseo de muerte, de extinción, que te follen es morir un poco, el orgasmo la pequeña muerte

Me he hecho un nude esta mañana y se lo he mandado a un hombre de barba frondosa
Pobre hombre insignificante, nunca estará a la altura de la belleza de mi deseo





César Moro murió en Perú a los cincuenta años, justo la edad que tengo en el momento de dar esta charla. Volvió del exilio para cuidar a su madre enferma, volvió a un país que seguía siendo terrible. Le hicieron la vida literalmente imposible por marica en el centro en el que daba clases, entre sus acosadores se encontraba un joven Vargas Llosa.

El poeta no fue nada reivindicado en vida, se le empezó a tomar en cuenta después de su muerte, a pesar de eso, sigue siendo un gran desconocido. Pensando en Moro y en lo ignorado que fue en vida pienso en mi propia obra. Yo, al igual que Moro, soy una artista casi desconocida para el gran público, completamente ignorada por el mundo del arte en España. Aparte de una exposición en Madrid y otra en Barcelona, en galerías bastante alejadas del circuito oficial del arte, solo he expuesto en museos franceses, en el Transpalette de Bourges y el MAC VAL de París. Ninguna colección de arte contemporáneo española tiene obra mía, sin embargo la colección FRAC, también en Francia, tiene veinte de mis piezas en su haber. Soy, supongo, demasiado callejera, demasiado autodidacta, no pertenezco a la academia ni a las bellas artes para ser tomada en serio.

No quiero ser una de estas estrellas del arte necrófilo, alguien que es reverenciado después de muerta porque en vida fue una adelantada a su tiempo. Dejaré escrito en un testamento que toda mi obra sin vender sea quemada después de mi muerte, será como cuando Marjorie Cameron, la mujer escarlata, destruía sus propias creaciones: un acto mágico, un círculo que se cierra en el que la mano que crea es también la mano que destruye.

Al menos me queda la certeza de que mis libros nunca serán leídos bajo un prisma distinto al que fueron escritos. He tenido la suerte de vivir unos tiempos más amables que los de César Moro, al menos he podido escribir de lo que he querido y sobre lo que he querido, sin medias tintas ni máscaras de ningún tipo.

Creo que este desconocimiento de la obra del poeta es precisamente por vincularlo solamente al surrealismo y no al imaginario cuir y

marica. John Waters dice: «Coge eso que la gente odia de ti y multiplícalo por diez»; quizá sea hora de multiplicar no por diez sino por mil el mariconeo de César Moro, su disidencia, su ser «el otro», su ser invertido y monstruoso para ese Perú terrible que le hizo la vida amarga. Hay figuras marica que tuvieron una obra más explícita, es imposible por ejemplo hablar del ya citado Jean Genet como cualquier otra cosa que no sea un escritor de homosexualidad radical, peligrosa y pornográfica. Una figura como la de Quentin Crisp solo puede ser reivindicada como la del marica megaafeminado que era, ese que se prostituía en las calles londinenses de los años 40, que se emborrachaba de sombra de ojos, pintura de uñas y henna para el pelo. Pero Moro se vio obligado por las circunstancias a vivir su sexualidad en la sombra, incluso su poema «Antonio es Dios», si no sabes que está dedicado a un amante, puede ser leído como la oda a un amigo. Necesitamos justicia y reparación, como digo en un poema:

Nací criminal
Lo criminal es bello
Nací marginada
Lo marginal es bello
Nací paria
Lo paria es bello

A mí y a mis hermanas nos metían en prisión
Aun así florecimos en los patios de las cárceles
Brillábamos como estrellas reflejadas en charcos sucios

Si fuera vosotros me moriría de la vergüenza
No soportaría la carga histórica

Porque hemos normalizado el hecho de que el mundo (Perú, Italia, Inglaterra, EE. UU., Argentina, España, Canarias, por nombrar unos cuantos lugares) nos ha masacrado, metido en cárceles, sometido a terapias de reconversión, obligado a vivir de la prostitución, condenado a trabajos forzados, matado, esterilizado, nos ha hecho vivir en





la vergüenza y el silencio y tiene una gran deuda para con nosotras y nosotros. Quizá una manera de empezar a saldar esta deuda sea hablando abiertamente en los archivos del TEA de que César Moro era homosexual y que su vida y su obra estuvieron marcados por este hecho tan olvidado muchas veces cuando se habla del poeta. Igual que hay que decir en los libros de historia que Lorca, Miguel Ángel, Caravaggio, Rimbaud y Pasolini, por citar solo a algunos, eran maricones, que Virginia Woolf tuvo amores sáficos, que Juana de Arco vivía y se vestía como hombre y compartía lecho con mujeres, que en la América anterior a la conquista ya existían entre los indios nativos personas que hoy llamaríamos trans y no binarias, que las sacerdotisas de Cibeles eran hombres castrados ritualmente en honor a la diosa y vivían a partir de entonces como mujeres, que siempre hemos estado ahí, que no somos una moda como nos llaman algunos o un invento posmoderno. Nombrar es existir, existir más allá de la oscuridad a la que se nos ha condenado, una oscuridad a la que todavía se nos condena en un montón de países en los que ser homosexual, lesbiana o trans te puede costar la vida. Y no hay que ir tan lejos, mi colectivo, el colectivo de mujeres trans, sigue viviendo en nuestro país en un sistema de castas. Algunas logramos escaparnos de él, otras, muchas, demasiadas tienen en la prostitución la única salida laboral, y, ojo, no soy abolicionista ni condeno el trabajo sexual, solo matizo que para algunas personas es la única salida laboral posible. Incluso para mí misma, fuera del inestable y precario mundo del arte, ¿quién daría trabajo a una mujer trans de cincuenta años?, ya os lo digo yo: nadie.

Arrojen luz sobre nosotras y nosotros: digan en sus archivos que amábamos a hombres o a mujeres, que bailamos en el filo de la navaja, que nos pusimos tetas a pesar de Franco, de Mussolini, de Pinochet. Que brillamos como diamantes, que fuimos un escándalo, que nos amaron y que nos temieron, que nos adoraron bajo las luces del cabaré pero que nos asesinaron y nos siguen asesinando bajo la oscuridad de las calles, que morimos por vosotras, por el glamour, por la libertad, por la belleza y por la poesía.





Retrato de César Moro. Lima, 1955



El poeta César Moro en la playa. Lima, 1938



César Moro y Alfonso de Silva. París, finales de los años 20



Amigo de César Moro. París, ca. 1933



El poeta César Moro en la playa. Lima, 1938



El poeta César Moro en la playa. Lima, 1938



Retrato de César Moro. Fotografía firmada y dedicada: «César Moro a Carlos Raygada, en Lima, 1925», 1925



El poeta César Moro en la playa. Lima, 1938



Retrato de Antonio con traje de suboficial



El poeta César Moro en la playa. Lima, 1938

Archivo de la obra plástica, documental, bibliográfica y fotográfica de César Moro.
TEA Tenerife Espacio de las Artes. Cabildo Insular de Tenerife.





CABILDO INSULAR DE TENERIFE

PRESIDENTE

Pedro Manuel Martín Domínguez

CONSEJERO INSULAR DEL ÁREA DE CARRETERAS, MOVILIDAD, INNOVACIÓN Y CULTURA

Enrique Arriaga Álvarez

DIRECTOR INSULAR DE CULTURA

Alejandro Krawietz

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN DEL TEA

Carmen Luz Baso Lorenzo, Enrique Arriaga Álvarez, Valentín
González Évora, Liskel Álvarez Domínguez, María José Belda Díaz,
José David Carballo Ceballos, Verónica Meseguer del Pino

EQUIPO DEL TEA TENERIFE ESPACIO DE LAS ARTES

DIRECTOR ARTÍSTICO

Gilberto González

GERENTE

Jerónimo Cabrera Romero

CONSERVADOR JEFE DE LA COLECCIÓN

Isidro Hernández Gutiérrez

CONSERVADOR DE EXPOSICIONES TEMPORALES

Néstor Delgado Morales

DIRECTOR DE MANTENIMIENTO

Ignacio Faura Sánchez

DEPARTAMENTO DE ACTIVIDADES Y AUDIOVISUALES

Emilio Ramal Soriano

DEPARTAMENTO DE EDUCACIÓN

Paloma Tudela Caño

DEPARTAMENTO DE PRODUCCIÓN

Estibaliz Pérez García

ÁREA JURÍDICA

M.ª Mercedes Padilla Quintana (ATF)

DISEÑO GRÁFICO

Cristina Saavedra
(S.A. de Cultura del Cabildo Insular de Tenerife)

JEFE DE MANTENIMIENTO

Francisco Cuadrado Rodríguez

ASISTENCIA A LA GERENCIA

María Milagros Afonso Hernández

CENTRO DE FOTOGRAFÍA ISLA DE TENERIFE (CFIT)

DEPARTAMENTO ADMINISTRATIVO CFIT

Rosa Hernández Suárez

DEPARTAMENTO TÉCNICO CFIT

Emilio Prieto Pérez

SERVICIOS EXTERNALIZADOS

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN Y CFIT

Sara Lima (Promoción y Desarrollo de
Eventos Canarias, SL)

ÁREA DE REGISTRO COLECCIONES

Vanessa Rosa Serafín (Promoción y
Desarrollo de Eventos Canarias, SL)

COMUNICACIÓN

Mayte Méndez Palomares (AEGB)

PROGRAMAS PÚBLICOS

Estefanía Martínez Bruna (AEGB)

PUBLICACIÓN

PRODUCCIÓN EDITORIAL

TEA Tenerife Espacio de las Artes

PROYECTO EDITORIAL LIBROS DE ARTISTAS

Gilberto González

EDICIÓN

Estefanía Martínez Bruna *DE/TRANS*

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Alicia Cárdenes Delgado de Molina

DOCUMENTALISTA

Vanesa Rosa Serafín

CORRECCIÓN DE TEXTOS

Dulce Piñero Barrera

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN

Litografía A. Romero SL

© TEA TENERIFE ESPACIO DE LAS ARTES

© de los textos, Roberta Marrero

© de las fotografías, Archivo de César Moro - Colección TEA

ISBN: 978-84-125650-0-3

DEPÓSITO LEGAL: TF 544-2022

-Libros de artistas-

TEA
tenerife espacio de las Artes



-Libros de artistas-

TEA
tenerife espacio de las artes

